

ILUSTRACIONES CON RECORTES DE PERIODICOS

EL BIEN COMUN

I. SU SIGNIFICADO.

El tema es primordial y requiere un buen enfoque inicial. Hay que comenzar por esclarecer en qué consiste el bien común.

Con sus habituales lucidez inquisitiva y transparencia expositiva lo ha hecho nuestro amigo Marcel Clément en su artículo, NAUFRAGE DU BIEN COMMUN, publicado en L'HOMME NOUVEAU, n. 823, del 5 de diciembre de 1982, del que recortamos los párrafos siguientes.

El autor comienza por preguntar qué es el bien, en términos generales:

«Hay varias maneras de situarse para poner la inteligencia en disposición de asimilar lo que es el bien común, me refiero aquí al bien común político, al de la patria temporal. Conviene aquí hablar ante todo del bien liso y llano en términos generales.

»Se puede reflexionar acerca de los distintos sentidos de la palabra "bien". Existe sentido económico. Es el sentido en que hoy es más frecuentemente utilizada la palabra. Los "bienes" son, por lo tanto, los que se producen, los que se intercambian, los que se consumen. Son frecuentemente objeto de la concupiscencia de los ojos (1 Jn, 2, 16). Pueden ser culturales, incluso puramente materiales y, por lo tanto, no se hallan a la disposición inmediata de todos. Por ese hecho son de por sí adecuados para dividir a los hombres... Está claro que, cuando se habla del bien común de Francia, de ese bien del cual quienes gobiernan tienen ante Dios el deber de promover, no se trata del bien económico del que se habla. Ni siquiera lo es en un tiempo en el cual el Estado no aspira sino ha apoderarse de los bienes económicos de los particulares, e incluso si ese Estado llegara a ser el único propietario público de todos los bienes, ese nuevo "bien público" monstruoso e hipertrofiado no sería el bien común. Más bien implicaría su negación práctica.

»Existe otro sentido de la palabra bien que tiende a convertirse en excepcional o, por decirlo más claro, desusado. Gide le dio un golpe histórico afirmando que no se hace buena lite-

ratura con buenos sentimientos. Apenas se dice que Jesús "pasó su vida haciendo el bien". Parecería un poco ingenuo y sin duda no resultaría muy conforme a la moda intelectual hablar de su acción caritativa... En cuanto a explicar a los alumnos de Terminale y bajo la rúbrica perdida (provisionalmente) de "filosofía" que "el bien es lo que todas las cosas desean", refleja una especie de heroísmo. Con numerosas precauciones de lenguaje se viene, no obstante, a explicar que un ojo es bueno cuando ve bien..., y que así el bien es la perfección del ser. Una frase tal resulta difícil de entender por el postkantismo de la base. Sin embargo, merece ser meditada. Si decimos, en el lenguaje corriente, que una cosa es más o menos buena, que un potaje —o un discurso— está más o menos bien hecho, es que su "ser" —potaje o discurso— está más o menos próximo a la perfección. En pocas palabras, todo ser no es plenamente lo que es sino cuando lo es "bien", y es por eso que todas las cosas tienden a su bien, es decir, a alcanzar la perfección de su ser.

»Como el hombre actúa, no puede evitar de regular su acción con relación a un fin. Debe, pues, para juzgar de los medios, considerar si con ellos puede o no alcanzar su fin. Pero este fin, en sí mismo, ¿cómo determinarlo? ¿Debe ordenarse, como Harpagón, toda su actuación hacia el dinero?; o, como Don Juan, ¿a la voluptuosidad?; o, incluso, como los tiranos, ¿a la conquista, al poder y a la gloria efímera?; o, bien, ¿se esforzará en actuar en vistas el bien, es decir, de la perfección, no solamente de todo lo que él hace sino de todo lo que él es? Si él tiende así hacia su propio bien, no solamente debe perfeccionar la salud de su cuerpo, sino acrecentar el conocimiento de la verdad de todas las cosas en su inteligencia, la rectitud y la fortaleza en su voluntad..., en suma, tender a un bien MORAL, es decir, a un bien humano completo, perfeccionando al hombre en todas sus facultades.

»¿Estamos lejos del bien común? No tanto como puede parecer, si sabemos distinguir el bien exterior del bien que se hace, el bien que se utiliza del bien al cual se tiende porque nos perfecciona, en resumen, el bien económico del bien moral».

En el siguiente epígrafe, plantea de frente que es bien común:

«El bien común de una sociedad de hombres es, pues, como el bien de cada individuo, un bien moral. Evidentemente, ese bien común incluye, a título instrumental, una cantidad suficiente de bienes económicos, cuyo uso es necesario para la rec-

titud de la acción humana. Pero el bien común no se reduce a la vida económica, lo mismo que la vida humana no se reduce a la vida corporal.

»¡Se perciben las consecuencias!

»Liberales o socialistas, que son las únicas ideologías con derecho de existencia política en la Francia contemporánea, tienen en común ese reduccionismo de la vida política a la vida económica, esa reducción de la vida feliz a la vida de placer. Una cierta derecha quiere una sociedad de consumo en y por la libertad individual. Casi toda la izquierda quiere una sociedad de consumo en y por la producción y el reparto colectivo e igualitario. El materialismo económico de la organización social es común. Ni los unos ni los otros admiten que, es necesaria una cantidad suficiente de bienes temporales para lograr la rectitud moral (*De Regno*, 1, 15). La derecha y la izquierda conducen igualmente a Francia hacia una visión del mundo en la cual el bien común es envilecido o, más exactamente, desnaturalizado.

»La derecha identifica ampliamente el bien común con la libertad individual de los más fuertes, y la izquierda con la igualdad reivindicativa de los más débiles. Lo más frecuente es que la libertad que se reclama carezca de ley moral interior; y, de ahí, la moral arbitraria del Estado, exterior y sin libertad. La verdadera norma moral, es decir, el logro humano interiormente responsable, regulado con vistas a la felicidad, queda ausente en ambos casos. Al hacer votar el aborto *libre* y de *pago*, el anterior Presidente de la República suscitó la rebelión no sólo de los cristianos sino también, a la inversa, de quienes estimaban que no tenían los medios económicos para abortar. La izquierda, en el poder, no se opone al aborto, sino a la selección por el dinero. Así tendremos el aborto *libre* y *gratuito*, es decir, que nuestros impuestos servirán para destruir la vida de los niños franceses en el seno de su madre. Como se ve, no es exagerado hablar del naufragio del bien común.

¿Qué es, pues, en definitiva, el bien común? Es un bien moral, lo sabemos. Es, por lo tanto, un bien que resulta del modo de actuar, un bien "que se hace". Pero, en la sociedad política, es también *el bien del todo con relación al bien de las partes*, es la salud del cuerpo entero, es su armonía de conjunto, en una cierta medida del todo distinta del bien de cada parte.

»Aquí es preciso insistir. Para que un reloj funcione no basta que cada rueda esté intacta, es preciso que todas se correspondan según un plan del conjunto, la forma de conjunto. En un

reloj el bien de cada parte es necesario pero no es suficiente para que pueda saberse la hora; es, además, necesario que todas las partes del conjunto se hallen ajustadas conforme el plan previsto».

De ahí, pasa Marcel Clément a tratar del bien común de la familia:

«Guardando las distancias, ocurre lo mismo en la sociedad. Cada individuo tiene derecho a su bien moral y, por lo tanto, a un bienestar económico suficiente, a una educación, a una cultura, a una legítima libertad, que, todas ellas, le permiten actuar de modo recto. Pero, el bien de las comunidades de las que forma parte es un bien *mayor* que el bien individual.

»El hombre y la mujer no tienen por fin primero, ni siquiera en el orden temporal, el de ser iguales. En tanto que son de sexo diferente, es decir, que tiene una papel determinado y complementario en la obra de amor y de fecundidad que perfecciona su unión, están uno y otra, en su masculinidad y su feminidad, para el bien de ese *todo* que es su matrimonio. La fusión de sus personas es para la efusión de vida de nuevas personas: sus hijos. El todo conyugal y familiar requiere, pues, un *bien común* de sus miembros, un bien del todo, en tanto que tal, es decir, la armonía de sus relaciones que les une. Ese bien común de la familia, el bien mayor que el bien de los individuos que la componen, es negado y puede decirse, incluso, que destruido, en los discursos, las leyes, las medidas fiscales y de otros modos, tanto por el liberalismo «avanzado» como por los diversos socialismos, difícilmente acoplados entre ellos y conducidos entre ¡arre! y ¡soo! Al ser considerada la sociedad como compuesta por individuos y no por familias, viene a destruirse la posibilidad normal de vida para la familia; ya no hay suficientes fondos públicos para aumentar el montante de las ayudas prenatales, pero sí los hay bastantes para reembolsar desde el 1 de enero los gastos del aborto. Se ha eliminado la mejora de la prima de la natalidad, pero «el ministerio de los derechos de la mujer» tiene diez millones de francos fuertes para distribuir o para extender la contracepción. Tampoco debemos alivarnos de la supresión de la prima de 10.000 francos para el tercer hijo, la limitación de los aumentos de las ayudas familiares a las familias de uno o dos hijos, el escorzo del cotidiano familiar para los cuadros de mando. Ciertamente, antes del 10 de mayo se sabía, desde hacía 20 años, se estaba dejando hundir el montante de las ayudas familiares. Después se ahoga literalmente a las fami-

lias de tres hijos o más, o más bien se hace cada vez más irrealizable su bien común, su bien tanto como todo *orden* y *amor*. Reduciendo la sociedad en general y la misma familia a una pura adición mecánica de individuos, se viene a impedir el perfeccionamiento que la familia, que cuando tiene bienestar económico y un suficiente bien moral, aporta a cada uno de sus miembros, particularmente a los niños».

Prosigue el autor ocupándose del bien común de Francia, es decir, del bien común de su nación.

«Se podría multiplicar los ejemplares al nivel de la sociedad política. El más visible actualmente se refiere a la lucha de clases rampante que subyace en el conjunto de la legislación económica. Al tenderse hacia el logro de una sociedad sin clases, compuesta de números matriculados en la seguridad social, se rompe la complementariedad fundamental de los oficios y de las profesiones, entre quienes emprenden y quienes colaboran. Al romper su necesario dinamismo quienes, en las empresas pequeñas, medias o grandes, tienen el papel de conductores, de pioneros, de inversores, presentándolos unilateralmente como una banda de mezquinos y de aprovechados, se desalientan iniciativas, se quiebra a quienes se sentían responsables, se organiza el éxodo de cerebros y de capitales. Es evidente que el individualismo liberal de antes del 10 de mayo ha favorecido las desigualdades sociales del mismo modo como comenzó la extrangulación de las familias. Pero, el remedio socialista es peor que el mal liberal, pues ha suscitado una reivindicación de intereses sectoriales en todos los medios, a todos los niveles y todos los días.

»El bien común es un bien moral: es el bien al cual se tiende por una inteligencia recta y una voluntad recta. El bien común es el bien del todo. Exige que cada parte, es decir, cada persona en la familia, cada familia en la ciudad o en la profesión, cada región y cada sector económico en el Estado, se considere miembro de un cuerpo y no una organización ciega de reivindicaciones contra ese cuerpo. León XIII, Pío XI, Pío XII, cuando pidieron la reconstitución de los cuerpos sociales para la toma de conciencia del bien común político, no decían nada de más. Pero, ¿quién les ha tomado en serio, dentro de la clase política, cuando todavía se estaba a tiempo?

»¡Se habla de justicia social! Pero se reduce ésta a no ser sino una justicia que ordena el todo a la parte, una justicia distributiva (o, más bien, redistributiva). Esto existe y tiene

su campo de acción. Pero debe dejar un legítimo campo de acción a la justicia de los intercambios (conmutativa); y, una y otra deben estar, en definitiva, subordinadas al bien del todo, es decir, a la justicia general (*). La actuación de la justicia general no corresponde sólo al Estado. También les compete a los cuerpos intermedios, a las familias, incluso a los individuos. En pocas palabras, tan sólo la vida moral, que hace que el hombre se sacrifique y se ordene a lo que es mayor que él, le permite captar de modo habitual las exigencias del bien común y conformar a ellas su acción. Para hacerlo comprender mejor, Santo Tomás muestra que la virtud de la esperanza considera a Dios en cuanto es bueno *para nosotros*; la caridad, en sí, considera a Dios según lo que es bueno *en El-mismo*... Nos ordena a *El*.

»De ahí dimana que el bien común no tiene un sentido único. Si, ciertamente, se eleva de las partes hacia el todo, también refluye del todo hacia las partes. En tanto es causa universal, perfecciona a todos y cada uno, en numerosas relaciones. Lejos, pues, de oponerse al bien particular es, finalmente, el mejor bien del individuo, pues produce, en cada uno, una felicidad más íntima que el mismo bien particular. El bien común en la amistad o en el amor, ¿acaso no hace más felices que la felicidad, tan real como sea, del sabio cuando vive solitario? ¿Qué se ha hecho de la amistad política entre los franceses?

»¡Podríamos continuar! Pero, pienso que ya he dicho lo suficiente para hacer captar lo que es, sin ninguna hinchazón en el lenguaje. El naufragio del bien común de la patria en que existimos, un materialismo económico, común al liberalismo y al socialismo, una libertad demasiado desigual, aquí, y una igualdad cada vez más tiránica (y ruinosas), allí, resultan de una concepción reduccionista y, finalmente, muy superficial de lo que se denomina a veces «interés general», a veces «justicia social», sin suficiente reflexión acerca del tema. Santo Tomás, para decirlo en pocas palabras, no dijo que, si el fin de la sociedad fuera la salud, el gobierno correspondería a los médicos, que si su fin fuera la abundancia de las riquezas, un hábil financiero debería ser el rey de esta sociedad... ¡Si su fin fuera conocer la verdad!, ¡el gobierno debería correspon-

(*) La justicia social nos parece como el movimiento dinámico de las tres especies de justicia, pero la conmutativa y la distributiva deben, en último término, estar ordenadas a la justicia general.

der a un doctor en teología o en filosofía! Pero, el último fin de un pueblo constituido en sociedad es el de vivir en un bienestar que permita la práctica de la vida virtuosa en una razonable abundancia. Es, pues, preciso que quien gobierne sea, ante todo, notable en la virtud de la prudencia política, en la verdadera justicia social, en la templanza y en la fortaleza».

Y concluye Marcel Clément:

«Tengo plena conciencia de que un pagano (de buena voluntad) podría escribir cuanto precede. O, más bien, que un pagano, Aristóteles, fue quien nos mostró lo esencial de todo ello. Se me podría, pues, reprochar no haber abordado el problema del bien común político en su sustancia evangélica.

»¡Es verdad! Pero, tal vez, no puede pedirse todo en un mismo día.

»Si nuestra clase política, por lo menos, aceptara distraer algunos instantes para meditar acerca del bien común a la sola luz de la razón natural, el Espíritu Santo habría, pienso yo, hecho lo posible para sugerir, en el interior de quienes reflexionasen que, si el bien común atrae según el modo de la causa universal, ese bien común no está, en la humanidad rescatada, sin relación alguna con el reino de Dios, ese reino único, que, sin embargo, se halla en el interior de cada uno de nosotros en la misma medida en que nos entreguemos a El: *Totus tuus*».

II. ALGÚN EJEMPLO DE LA CONFUSIÓN DEL BIEN COMÚN CON LA REDISTRIBUCIÓN DE BENEFICIOS MATERIALES.

En la Tribuna abierta de ABC, del 18 de febrero de 1983, ha aparecido un artículo de Javier González-Estefani, titulado UNA PARÁBOLA PARA LA ECONOMÍA, que puede servirnos como ilustración de esa confusión entre reparto igualitario de bienes y goces materiales y de sus resultados perjudiciales para el bien común, incluso material.

«Hemos llegado en el mundo de hoy a una situación en la que los ciudadanos tienen asumida, hasta en sus genes, la justificación moral de que todo lo que sea promover el igualitarismo va a producir un mayor grado de bienestar para todos. La mercancía es fácilmente vendible. Machaconamente, así se ha hecho durante el último siglo, y en especial desde el año 29. Tras el martes negro de Wall Street, los políticos de izquierda han encontrado un auténtico filón en las teorías de Maynard

Keynes. Estas no tenían más objeto que el de compensar desde el Estado, con consumo público, la eventual falta de consumo privado para así rellenar los valles de los ciclos económicos. Sin embargo, dichas teorías han sido manipuladas para poner la economía al servicio de la demagogia política.

»En la aplicación de las teorías keynesianas hubo dos épocas: la primera, de uso y la segunda, de abuso.

»En la primera pudo ser verdad que un cierto "tirón" desde el sector público sirviera para cumplir el doble objetivo de un crecimiento económico más uniforme y sostenido, por un lado, y la participación en la renta, creada por ese crecimiento, en forma de educación, Seguridad Social, equipamiento de las ciudades, etc., por otro.

»En la segunda, la etapa del abuso, los políticos fueron cogiendo gusto al asunto de vender bienestar al pueblo mediante el recurso a los Presupuestos del Estado, y poco a poco, el gasto público, que no llegaba al 10 % del producto interior bruto en los países occidentales, fue creciendo y creciendo, constituyendo el sector público más de la mitad de la economía de algunos países.

»A través de un proceso de socialización subrepticia se va caminando hacia el objetivo, que subliminalmente parte del pueblo ya ha aceptado, de ir consiguiendo que todos seamos iguales. La clase de los funcionarios se extiende inconteniblemente, y los trabajadores que todavía lo son de empresas regidas por la iniciativa privada van poco a poco asimilando el mismo espíritu. Al objetivo humano de siempre, de ser cada día más, como el de los trabajadores de Manhattan, se va oponiendo el de estar cada día más seguro. Al creador de riqueza se le penaliza inmisericordemente con impuestos, descalificaciones públicas sistemáticas, etc., para hacerle bajar, hasta conseguir apearle del coche y hacerle "un igual".

»Poco a poco, la sociedad occidental, que no arranca del siglo pasado, sino que hunde sus raíces en el mito prometeico, pues Europa y su hija América se han forjado en base al esfuerzo, al espíritu de lucha, a la virtud de la fe, va adormeciéndose con el opio del igualitarismo, va echando arena en sus mejores motores y entra en una crisis cuya culpa no es el encarecimiento de los precios del petróleo, cuyo único papel ha consistido en desencadenarla, por más que haya servido a los gobernantes occidentales como coartada.

»Ha llegado la hora de decir con toda contundencia que se está engañando al pueblo. Ha llegado el momento de decir

que los principales protagonistas de la economía no son los ministros del ramo, ni los insignes expertos, ni los demagogos al uso. Los protagonistas de la economía son los que la hacen de verdad. Los que hacen economía con minúscula, al frente del pequeño taller o de la fábrica de automóviles, de la tienda de la esquina o de los grandes almacenes, de la pequeña explotación agrícola, del hotel, del restaurante, de cualquier empresa de servicios. La suma de todas las economías con minúscula es la economía de la nación. Y si ésta no funciona es porque aquéllas no funcionan tampoco. Y no funcionan porque el entorno se va haciendo más y más asfixiante para una iniciativa cada vez menos libre, y cuyos frutos, los beneficios, son destruidos por la plaga del intervencionismo del Estado. Y eso que pasa ahora *NcD-Wd"Ob"* es por culpa de ese Estado que, como el dios Saturno, devora a sus hijos y empieza por aquellos que constituyen la aristocracia de la economía, los que la hacen de verdad.

»Entonces, ¿qué? ¿Entiende usted que la política económica de la derecha debe suprimir la redistribución de la renta que los modernos Estados han ido promoviendo a través de los servicios del Estado?

»De ninguna manera. Lo que sucede es que creo en la perogrullada de que, antes de repartir algo, hay que tenerlo, y así antes de pensar en repartir la riqueza a través de medidas de alto contenido humano, sin duda, a favor de los marginados, parados, etc., hay que ponerse a trabajar para que, quienes hacen la economía de verdad, se sientan ilusionados para seguir en la brecha e, incluso, a incrementar su actividad con nuevas inversiones, animando con su actitud a otros ciudadanos que no desarrollan su potencial humano porque la sociedad no les ofrece incentivos».

Otros recortes, que pueden servirnos de ejemplo en parecido sentido, nos los ofreció PERMANENCES, 163, de septiembre-octubre de 1979, en unas reflexiones escritas por el responsable del personal de una empresa metalúrgica y suscitadas por la declaración del Consejo permanente del Episcopado francés, ante la situación padecida allende los Pirineos, no muy distinta de la que aquí vivimos.

Encabeza el artículo la redacción de la revista con algunas consideraciones, que concluyen con estas frases:

«... como corolario cuando uno se sitúa en el plano de las aplicaciones, advierte la necesidad de respetar las reglas de la verdad que suponen, ante todo, conocimiento y competencia.

»La vuelta a lo real, a todo lo real, a nada más que lo real, se impone si se quiere unir a los hombres, en vez de enfrentarlos cada vez más, y evitar que sean arrastrados por situaciones difíciles».

Jacques de Metz-Nobat, *que firma esas consideraciones, las comienza preguntando: ¿QUÉ OCURRE CON LA CRISIS?*

«Nuestro país conoció desde 1945 hasta 1974, fecha de la multiplicación por cuatro del precio del petróleo, un lanzamiento económico sin precedentes que le permitió la creación de millones de nuevos empleos, que hizo preciso acudir largamente no sólo a la mano de obra femenina sino también a trabajadores inmigrantes. Se han desarrollado costumbres permisivas, apetito de consumo siempre creciente, se ha considerado como un «derecho adquirido» el aumento regular del poder de compra; las garantías sociales han alcanzado un nivel insospechado hace 30 años; el mundo obrero (felizmente fuera de la condición proletaria) se ha fundido con la pequeña burguesía: bastaban algunos días, o hasta algunas horas para obtener ventajas muy especiales; el despertar no ha podido ser más brutal y los jóvenes no lo entienden, pues no tienen los mismos puntos de referencia que recuerdan su mayores.

»Sería en vano negar que el trastorno de las situaciones adquiridas, hasta la puesta en cuestión de los privilegios reales, se hace sentir duramente; y que se plantean problemas agudos de empleo en ciertas regiones, problemas cada vez más difíciles de resolver, ¡porque el principio de los derechos adquiridos se ha convertido casi en una nueva religión!

»Comprendemos muy bien las reacciones de cólera de los hombres que, de un día para otro, ven amenazados sus empleos, y temen verse obligados a trabajar más lejos de su domicilio, y aun a cambiar de región, abandonando la casa de la que eran propietarios. Se sienten víctimas impotentes de una evolución que se les escapa completamente. Pero, ¿este sentimiento acaso no ha sido explotado sin vergüenza por todos los que no escondiendo su objetivo de «desestabilización» del poder empujan a la revolución y ennegrecen el cuadro hasta el exceso, haciendo que cada día resulte más difícil encaminar a los hombres hacia soluciones coherentes?

Acerca del paro, algunas de sus consideraciones nos hacen reflexionar:

«... no todos los que piden empleo son, desde luego, para-

dos; mientras que no todos los parados son los que piden empleo; tal es el caso, por ejemplo, de los prejubilados en un número de más 100.000, descontados oficialmente como parados».

«Por otro lado, al hablar del paro en general, se olvida que el 60 % de los solicitantes de empleo son mujeres, los más normales de menos de 25 años, y que el problema económico se duplica con un problema de civilización: estamos de lleno en la crisis cultural y espiritual».

«Es ciertamente impensable que se pretenda retener a las mujeres en tareas domésticas: algunas tienen verdadera necesidad de ganarse la vida, otras encuentran su equilibrio en el trabajo y sería una pena que sus talentos quedaran sin emplear. Pero, ¿no se ha presentado abusivamente el trabajo asalariado como una "liberación" para la mujer, al mismo tiempo que se veía en él una "alienación" para el hombre?»

»El resultado más visible de esta "liberación" de la mujer por el trabajo, por la contracepción y hasta el aborto, a los cuales se dedican muchos movimientos particularmente activos, es que, desde hace algunos años, el remplazo de las generaciones no esté asegurado en gran número de países.

»El maltusianismo, al privar a la sociedad de elementos jóvenes, perfectos consumidores, ¿no es, acaso, un elemento de retroceso económico en un factor de paro? ¡No hay más que ver las inquietudes del cuerpo médico y del cuerpo de la enseñanza ante la rarefacción de su clientela!

»No planteemos la pregunta de saber quién cargará, dentro de 20 años, con el peso de los retirados».

«... hoy, como ayer, los que dan empleo pasan por las mayores dificultades al contratar el personal que necesitan y su principal problema es el de la inadecuación entre las ofertas de empleo, por un lado, y la calificación y los deseos del solicitante de empleo por otro, problema que abre las puertas a discusiones sin fin.

»Es preciso que los jóvenes decididos a trabajar sepan que, como muy tarde, después de algunos meses de espera y a condición de que extiendan su zona de investigación, encontrarán donde emplearse útilmente: ¿No es preferible subirles la moral que unirse al coro de sus lamentaciones ».

Los remedios que proponía la Comisión permanente del Episcopado

francés —parecidos a los que aquí proyecta y ha comenzado a poner en práctica el gobierno socialista español— motiva las siguientes consideraciones de Metz-Nobat.

«Estas interrogaciones se pueden resumir así: ¿Es indispensable disminuir la duración del trabajo individual, hasta suplirlo, en ciertos casos, para dar algo a algunos parados?

»El trabajo se presenta, así, como un pastel que hay que repartir entre un cierto número de consumidores, de los que algunos deberían renunciar a la totalidad o a una parte con la excusa de que ya han comido bastante, mientras que otros quedan alejados, por diversas razones, como hemos visto, del lugar de distribución.

»Dejamos a los economistas el cuidado de desarrollar sus teorías, pero parece seguro que el problema no es el de repartir la penuria, sino el de desarrollar la actividad de manera que todos puedan participar. Hay, ciertamente, que encontrar un equilibrio justo entre vida profesional y vida familiar y nuevas ganancias de productividad permitirán, sin duda, una reducción de las horas de trabajo anual, sin reducir el poder de compra. Pero, una reducción voluntaria de la actividad, sugerida como remedio, sólo puede acarrear recesión y paro mayores.

»Nada es impensable, y la Santa Iglesia ha colocado en los altares a hombres que han practicado, a su más alto grado, la renuncia a todos los bienes materiales. ¿Se puede esperar un comportamiento así de millones de individuos? ¿Sería susceptible de llevar "la paz y la felicidad" a nuestra colectividad nacional?

»Revisemos los diversos puntos evocados:

»—Es verdad que las horas suplementarias se podrían suprimir a menudo sin mayor inconveniente, con una mejor organización del trabajo y los arreglos técnicos aumentando la productividad. Resultaría, de ello, una mejora de la calidad de vida; pero, en la mayoría de los casos, ninguna creación de empleo. Además, está lejos de estar asegurado que quienes emplean encuentren, llegado el caso, la mano de obra que necesitan. De todas formas, la reducción de las horas suplementarias, onerosa para el que emplea e interesantes desde el punto de vista de remuneración para el asalariado que, en caso de reducción, no se olvidan de reclamar la compensación integral de la pérdida de salario, sólo presentan perspectivas muy limitadas para el problema del paro.

»—El trabajo negro, felizmente menos extendido entre noso-

tros que en algunos países vecinos, es una práctica condenable desde el punto de vista fiscal y su represión permitiría, quizás, desenmascarar a un cierto número de parados. Pero, ¿se generarían empleos?

»Los artesanos, víctimas de múltiples enredos administrativos y fiscales, ¿serían llevados a contratar más compañeros que, por otra parte, serían muy difíciles de encontrar? Nada de esto es menos cierto. Además, el límite entre el "trabajo negro" y el "coste de mano ocasional" es difícil de determinar y un arreglo empujado al extremo, ¿no incita al ciudadano a tergiversar la ley. Subrayamos, en fin, que quienes realizan este trabajo clandestino tienen la impresión de ser su propio patrón, ¡Que es el sueño de todos los franceses!

»Una condena abstracta corre el riesgo de ser tan poco constructiva como la actitud de un buen parroquiano que se declara: ¡Por el Cielo y contra el Infierno!

»El doble salario puede ser el de uno de los miembros de la familia, o el de un obrero de fábrica provisto de una patente de ocio y que trabaja por su cuenta más de sus 40 horas.

»Si de ello resultasen ganancias elevadas, la función fiscal sería muy pesada; y, en un nivel más modesto, este doble salario trae un complemento de los ingresos apreciable, generalmente inserto en el circuito económico, cuyo efecto es sujetar la actividad industrial por el consumo.

»No es totalmente evidente que la supresión del doble salario sea creadora de empleo. Que una profesora, mujer de un mando renuncie a su trabajo, ¿procuraría trabajo a un siderúrgico de la Lorena amenazado de despido? Renunciando un bombero a limpiar chimeneas fuera de sus horas de servicio, ¿favorecería la creación de una empresa de deshollinadores o empujaría a los particulares a hacer ellos mismos este trabajo, peligroso para gente sin experiencia?

»El término de "acumulación" evoca una impresión de opulencia y la fantasía popular se imagina fácilmente al "acumulador" fumando un gran puro, sentado en un montón de piezas de oro. Es un hecho que con la acumulación de un empleo y de una jubilación, algunos militares retirados han vivido durante 15 o 25 años en condiciones familiares y materiales muy precarias y se han encontrado devueltos a la vida civil con cargas de familia, muchas veces importantes, a una edad en la que sus capacidades físicas e intelectuales estaban intactas y su jubilación, muy modesta, sólo una forma diferente de salario.

»¿Es justo agradecer los servicios rendidos al Estado conde-

nándolos definitivamente a la situación de "medio-sueldo" del año de la nana?

»— La reducción de los horarios, evocada en un último punto, parece seductora; de hecho, sólo se puede prever después de un aumento correlativo de la productividad y, en la mayoría de los casos, no será creadora de empleos a menos que se recurra al trabajo por correo, ¡que no parece precisamente ser un progreso social!

»Recalquemos que una reducción sensible de los horarios deja tiempo libre para el trabajo negro evocado hace un momento».

Su pronóstico, que los hechos han confirmado, era:

«En resumen, si nada es impensable en lo abstracto, las soluciones sugeridas se van a enfrentar con muchas dificultades prácticas y ofrecen un interés muy limitado frente al problema del paro.

»En el cuadro de la concurrencia internacional, a la que nos hemos enfrentado, el mantenimiento de la competitividad de nuestras empresas es un imperativo, y es ilusorio pensar que al suprimir el trabajo a unos, se les dará a los otros, como si el "trabajador" fuera un individuo *standard* que puede ser sustituido por un "parado" también *standard*.

»Nuestra reflexión evangélica debe partir de un análisis objetivo de hechos y no de ideas, de inspiración generosa, sin duda, pero cuya aplicación debería ir al encuentro del fin buscado».

También a propósito del beneficio hallamos algunas reflexiones que merecen meditarse:

«El término de "beneficio" está, en nuestra lengua, cargado de afectividad y suscita reacciones impulsivas, tanto como las de "fascismo" o "capitalismo"; evoca una riqueza inmensa en la que los "trabajadores" han sido expoliados por el desprecio de la justicia más elemental.

»¿Cuáles son los sectores que tienen dificultades, los que están obligados a hacer supresiones de empleo (supresiones que, de todas formas, no son todas despidos)? Son los sectores que, desde hace muchos años, no tienen ningún beneficio, y cuyos accionistas —muchas veces pequeños ahorradores— sólo tienen títulos sin valor, que han apelado al Estado, es decir, al contribuyente, para sobrevivir en situaciones precarias; esta comprobación banal nos muestra que en una economía libre el beneficio es indispensable para el simple mantenimiento del empleo.

»Otros países han eliminado ciertamente el beneficio de sus concepciones económicas: la estricta objetividad nos lleva a comprobar que, a pesar de los recursos humanos, tecnológicos y naturales, a menudo inmensos, el nivel de vida de sus pueblos es muy bajo y, que el pequeño sector agrícola, que ha quedado en "libertad vigilada", juega en ello un papel esencial en la alimentación diaria.

»Estos países, en los que los "trabajadores" tienen teóricamente el poder, donde la seguridad del empleo está, en principio, asegurada, donde toda idea de beneficio está excluida, ¿conocen la paz y la felicidad? Dejemos que sea el lector quien conteste.

»En todo caso, hay que disuadirse de matar la "gallina de los huevos de oro" que constituyen el "fruto". Contentémonos con limitar los abusos. ¡Es bastante!».

Concluye Metz-Noblat con un comentario a las palabras finales del documento episcopal que le suscitó las reflexiones que hemos recordado:

«La declaración se termina con una llamada a la esperanza cristiana y sabemos que, aparte de nuestras dificultades terrestres, nos espera el perfecto Amor.

»Esta esperanza nos invita a relativizar las cosas y el Episcopado está en su papel cuando nos incita a reflexionar sobre el fin de la vida, a remontar nuestros egoísmos naturales, a dar prueba de solidaridad, a no ignorar las situaciones dolorosas.

»Pero, más que paliar las consecuencias, ¿no conviene mejor que atacemos las causas? Para guiarnos, la Iglesia nos propone su doctrina social, demasiado descuidada, pero que Su Santidad Juan Pablo II nos acaba de recordar que es de ardiente actualidad».

.....

»Numerosos discursos y textos pontificios, en especial *Mater et Magistra*, han explicado esta doctrina, ¿los conocemos? ¿Estamos preparados para aplicar sus directrices, incluso si nos llevan a una revisión, quizá desgarradora, de nuestras actitudes y de nuestros comportamientos?

»Una adhesión de principio no basta; hace falta que actuemos en el seno de los múltiples cuerpos intermedios de los que formamos parte. Pidamos al Señor que nos dé la humildad y el valor necesarios para ponernos completamente a su servicio, guardando la firme esperanza de que, con su gracia, podremos hacer progresar la paz social que tanto deseamos.